

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 259-271.

Servando Cuadro (1896-1953)

Hijo de pequeños ganaderos, de un origen político y emocional blanco que en las etapas recientes del socialismo uruguayo ha tenido peso, bajo todos sus avatares ideológicos y quijotescas empresas, en Servando Cuadro alentó una radical fidelidad a su tierra, a los dictados de su sangre, a los modos y valores que había recibido. Militó en el socialismo desde 1916 a 1938, año este último en que fue expulsado a consecuencia de sus choques personales con la dirección del partido, en el que llegó a ocupar, sin embargo, posiciones periodísticas y políticas relativamente altas. De este período nació su único libro cabal: **Psicoanálisis profano del Dr. Emilio Frugoni** (Montevideo, 1940). Es el libro más embestidor que contra una figura política uruguaya se haya dirigido pero también, para el lector de hoy, resulta sólo, y a fin de cuentas, un recuento excesivamente largo de las rencillas de un partido menor, llevado a extremos de minucia que concluye por hacerlo fatigoso, exasperante. Por esos años, (ya el título de ese libro señalaba ese fervor), se interesó profundamente en el psicoanálisis, empleándolo, no sin alguna ingenuidad, en sus modestas tareas de cronista policial de EL PAÍS, en el que por varios años trabajó. A su muerte, permanecía –y permanece aún inédito– un largo ensayo psicoanalítico sobre **El Proceso** de Kafka.

Cabría decir que sólo tras su expulsión del socialismo fue que Cuadro se encontró a sí mismo y obedeció, desde entonces, a las líneas profundas de su carácter de “outsider”, de montonero intelectual. En 1942, planeó la candidatura del Dr. Eugenio Lagarmilla como medio de salir de la situación creada por la ruptura de la legalidad de marzo de 1933. Después de este fracaso es que Cuadro emprendió el camino de un fracaso mayor pero que puede que sea el que lo salve del olvido: la “Federación Hispanoamericana”. En 1947, reunió, en los salones de MARCHA, un pequeño núcleo de amigos y estudiantes y en el mismo semanario, el 27 de febrero de 1948, inició la serie de “Los Trabajos y los Días”, que se continuó (salvo algunas interrupciones) hasta el 14 de noviembre de 1952, cerca ya de su muerte. La última nota del conjunto se titula, premonitoriamente: “Ultima mirada a la realidad”. Cuando esa mirada se apagó, el hecho pasó naturalmente desapercibido para casi todos y sólo MARCHA, el 6 de marzo de 1953, le dedicó una necrología breve, pero certera, como suelen serlo las tuyas. N. B., en un artículo sentido, perfiló su carácter y evocó su estampa física con **sus lentes palomita, su sombrero negro aludo, su traje azul y sus zapatos charolados**. Ocho años más tarde, en 1961, Roberto Ares Pons recogería en libro la parte sustancial de su campaña de “Los Trabajos

y los Días" y fijaría, en una hermosa y rotunda semblanza, los trazos de su obra y de su vida.

Una vida, ésta de Cuadro, ajetreada y oscura. Sin títulos universitarios (sólo un autodidacta, pero ordenado), ni fortuna, ni vinculaciones familiares, ni el arte infalible del trepador. Por el contrario, una altivez señorial e incómoda, una autenticidad a flor de piel que le impedía todo disimulo, un espíritu crítico que sabía de las renunciaciones que importa toda "política" y, junto a él, un espinazo que se las hacía imposibles. Y también una excentricidad — algunos hablaron de más — que le tornaba desconfiable al gremio infinito de los cautos y los sensatos, un como visceral repertorio de ascos que le trababa incesantemente los pies, la marcha de los planes ingenuos e ingeniosos, siempre grandiosos que urdía sin cesar para poder echar a la vida sus sueños. Porque el limpio, el insobornable, el varón sin alharacas que Cuadro era, sólo (tal vez) una única cosa deseó en la vida: el triunfo. Al triunfo aspiró y aun seguramente a la clásica "gloria": nunca a esa cosa sórdida, medible y burguesa que es el "éxito". Pero triunfo y gloria las quiso mucho más que para él para ciertas ideas-emociones, para algunos proyectos que fueron alumbrándose en él, en el trajín de los años y la experiencia. Y todo, con la nobleza natural de saberse perteneciendo a esa selección (imprevisible) de **las almas bien hechas**. Y a propósito de esto, debe marcarse que sería imposible encontrar en este "hombre de izquierda" el frenesí "reductivista", la pasión antivalorativa, achabacadora, que tantos han tendido a confundir con tal temperamento político.

Pero, en suma, y también, un hombre de segunda fila (en vida), embarazoso para casi todos, gran cosechador de desengaños y porrazos.

Algún contradictor (que podrá serlo igualmente a estas apreciaciones), ha señalado el carácter "yoísta" de su propaganda, bastante comprensible, por cierto, si se piensa en una personalidad generalmente incomprendida, y sola, pero, sintiéndose, al mismo tiempo portadora de un manojito de ideas y postulados en cuya salvadora operancia creía. Cuadro era un desgarrado y aún un "desesperado", a la española, con toda esa riquísima connotación que en nuestro idioma tiene la palabra, traduciendo hondos veneros de temple personal y colectivo. Pero un "desesperado", valga la paradoja, lleno de fe y de esperanza, apasionado hasta el frenesí y tan perseguidor de espejismos que, llamándose **hombre político** (y en verdad, hasta la médula, de cierto modo, lo era), no paraba en imaginar soluciones y en inventar movimientos cuando nada más que consigo mismo, especie de Robinson, contaba. Tenía **alma de conspirador**, se ha dicho, y él mismo se trataba de **chiflado**. Pero un ser quijotesco, eso es lo que exactamente era.

En todo lo que escribió, Cuadro es difuso, gárrulo (como Ruben Cotelo ha apuntado); sin embargo, leyéndolo a trozos, acercando el lente a su escritura, es imposible dejar de concluir en que era dueño de un sabroso decir, siempre encendido, lleno de nervio y de afán por mover las almas, capaz de utilizar con

rara eficacia vulgarismos y hasta lunfardismos, aunque no libre, desgraciadamente, de cierto gusto (común a los autodidactas) por el término esotérico y pretencioso que, por suerte, no multiplica. Se consideraba un **campañista** y no un **escritor**, pero una cosa, contra su creencia, no excluye la otra.

Esquemático (esquemático hasta su última articulación) el pensamiento maduro de Cuadro parte de la convicción raigal en la crisis de Occidente y de la de todas las correlativas estructuras políticas, económicas, culturales que lo han normado. A medio camino entre Spengler y Bergson, esta creencia suya en el agotamiento de la "civilización moderna" nacía de lo que tan evidente le resultaba: esto es, de la desaparición del "élan creador" que hace de toda cultura una asunción de la libertad frente a las fuerzas de la naturaleza y de la historia. Sucede, así, que los dioses mayores de esa civilización noroccidental (economismo, individualismo, mecanicismo, racionalismo) han caído y, en su lugar, una libertad que es pura "disponibilidad", una racionalización económica de la existencia sin otro fin que el "confort" (toda una pauta de valores cuya expresión máxima son los Estados Unidos) han suscitado, con anchura y hondura universales, la angustia metafísica contemporánea, la desorientación vital, el vacío del hombre reducido a ser un **átomo desolado, solitario, sombrío**.

Sólo una cultura basada en el reconocimiento de la **naturaleza religiosa** del hombre podrá dar oído al anhelo místico de **trascendencia**, al apetito de realización en una gran causa **supraindividual** que dé norte firme a la existencia, que nos integre en el dinamismo de una magna tarea y en el calor de una "comunidad".

Y ocurre, entonces, que desde nuestra concreta situación uruguaya, sudamericana, hispanoamericana, integramos un núcleo de pueblos cuya inadaptación a esa civilización y cultura en quiebra es orgánica; un haz de naciones cuya intolerabilidad a las categorías del economismo predatorio del capitalismo, del racionalismo impositivo, del mecanicismo social es tan históricamente incontrovertible como promisorio hoy ante esa caducidad y esa decadencia. En suma: nuestro atraso se convierte en ventaja, nuestra lentitud en diligencia, nuestra esclerosis en plasticidad para nuevas estructuras. **En el pliegue original de alma** de lo hispánico está el secreto de nuestra feliz inadaptación a unos valores que nos eran congenialmente repulsivos y está la posibilidad de desembocar de nuestros males y humillaciones en una colectividad creadora de bienes espirituales, que se dirija al **hombre entero**, que sea capaz de integrar dentro de sí la vivencia de lo cósmico (al modo taoísta), el dominio interior (a la manera yoga e ignaciana) y la utilización de las técnicas materiales occidentales, "modernas", contrapesadas en su eventual maleficio por la firme presencia de otros ingrediente y (como en el Japón) por un vivaz espíritu colectivo y tradicional.

Toda esta posibilidad fue ceñida por Cuadro en el ideal y el prospecto de la **Federación Hispanoamericana, valor cien** y supremo, al que todo otro había de subordinarse. Pero la **Federación Hispanoamericana** recibe también su validez desde su convicción de que son sólo las grandes naciones, las magnas comunidades dueñas de su cultura y de su destino, las totalidades autoposesivas, las que saben ser dueñas de sí mismas antes de recibir nada, las que no se resignan a ser **campos de invernada**, quienes, **para bien o para mal**, cuentan en la historia.

Como estaba lejos de ser un iluso, el cumplimiento de la tarea hispanoamericana no se presentaba a Cuadro con trazos de facilidad; realísticamente veía los inconvenientes de tan formidable empresa histórica, aunque pensaba que, por eso mismo, siendo la única atractiva, la única que importa **realizar a Dios**, todos los obstáculos debían ser superados. Para alcanzar esta Hispanoamérica como **totalidad actuante**, con una **mística de su destino** (terapéutica de la soledad y de la angustia) era necesario superar el **marasmo** y los complejos de **minusvalía**, dar a nuestros pueblos la triple conciencia de que la obra **vale la pena, es posible y es el momento de ella**. Partiendo, sin embargo, de la convicción de que en lo material la situación era soportable (no se olvide los años y el país en que escribió), Cuadro se propuso una especie de psicotecnia que fuera capaz de alumbrar todas las posibilidades de lo heroico, lo viril, lo dinámico, lo **señorial** que en estos pueblos laten; planeaba la convocatoria de las posibilidades de "alegría creadora", trataba de convencer que era categoría superior al puro, mero placer. Pero asimismo confiaba en el poder de convicción que pueda tener el presentar "la otra alternativa", esto es: el irremisible, inescapable **destino colonial** y **animal**, la **dicha zoológica** de ser **capangas económicos**, la angustia y el hastío de **una felicidad de capones gordos y lustrosos**. Y más todavía: el que todo eso no sea **siquiera seguro**, la condición **problemática** y **efímera** de esta beatitud en los establos de Circe dentro de esa dinámica terrible del imperialismo, que no perdona a los débiles, a los entregados.

Cuadro concibió la corriente federacionista como la "cuarta tendencia" a mencionar tras la "pro-rusa", la "pro-yanki" y la "pro-católica" que se disputan Hispanoamérica; le imaginó un repertorio de tácticas: saberse condicionar y relativizar en circunstancias dadas (durante la Guerra Mundial el **valor cien** era vencer a Hitler); luchar contra la balcanización y el divisionismo hispanoamericanos que el imperialismo fomentó y aun promueve; actuar de **mala fe** (sin confianzas ilusas, sin candideces, con apego implacable a nuestro propio crecimiento) entre los Estados Unidos y la U.R.S.S.; no dejarse aislar de ésta por el **espíritu** de cruzada y el "cipayismo" latinoamericanos; contribuir, por el contrario, a mantener la tensión entre las dos superpotencias como única coyuntura histórica que posibilitará el alumbramiento de nuestra propia fuerza.

La norma general de Cuadro (y uno de sus rasgos intelectuales de mayor

originalidad entre todos los fervientes crédulos de su tiempo) es cierto “latitudinarismo”, un indiferentismo casi radical ante toda adhesión cabal a ideologías, regímenes o afinidades nacionales; un sólo importarles, prestarles un apoyo esencialmente táctico o combatirlos, según favorezcan o contradigan ese **valor cien** de la **Federación Hispanoamericana**. Esto reza, y la lista es incompleta, con los Estados Unidos y la U.R.S.S., el capitalismo y el comunismo, la evolución y la revolución, la “religiosidad española”, el fascismo y el peronismo.

Con ser esto cierto, la afirmación anterior dejaría, sin el debido complemento, gravemente mutiladas y hasta falsificadas sus ideas. La posición de Cuadro no importó, ni mucho menos, un puro relativismo, un posibilismo comodón y el firme proyecto que le movía era plenamente consciente de lo que le acercaba o alejaba de tales entidades, aunque – y esto es lo típicamente “tercerista” suyo – no se confundiera nunca estable, total, permanentemente con ninguna de ellas. Sobre cada una de esas potencias o “ismos”, Cuadro tenía un pensamiento plenamente articulado, cuyo acierto se podrá discutir, pero que nunca soslaya.

De los Estados Unidos creía que eran la expresión de una cultura en crisis, el superlativo, sin contrapesos, de los caracteres mecanicistas, racionalistas y crudamente economistas engendrados por la Modernidad europea, un **regimiento deshumanizado y uniformado**, sin válido estilo de vida, inadaptable a nuestro genio histórico y el mayor obstáculo, hoy por hoy, de su soñada **Federación Hispanoamericana**. Con todo, trataba de mantener su neutralidad ante ellos y reconocía su oscura grandeza y su **tener arrogancia vital y esperanzas**.

Del marxismo llegó, en esa etapa de su vida, a suponer que él expresa también (como los Estados Unidos y el capitalismo) un “economismo” que ha caducado (no un **impulso último, eterno, universal**). Reiteró algunas de las críticas del “revisiónismo” (su adopción de los métodos de las ciencias naturales) y postuló, contra el marxismo simplificado y dogmático, la apertura **idealista, voluntarista, antideterminista, religiosa, cuantitativa**.

A la U.R.S.S. comunista la situó en términos muy similares a los de Estados Unidos y pensó también que, si no tienen un estilo vital válido y universal, poseen la misma **arrogancia vital y esperanzas** que su gran contrincante mundial y que de la antítesis viva de ambos puede nacer la conversión **cualitativa** de lo que en los dos es pura, meramente cantidad. Pero vio, sobre todo, en la U.R.S.S., el impulso religioso luchando contra los dogmas de un “economismo” agotado, lo que hacía, en sustancia, que la considerase colectividad más viviente y prometedora que su rival capitalista de Occidente.

Del socialismo, habló de su **necesidad**, su carácter incompleto y su urgencia de apelar al hombre entero. Bastante cerca aquí del conductor indiscutible de su partido (dígase de paso que, en este punto, le separaron de él más que las ideas,

el temperamento, las concepciones tácticas, la carnadura criolla en él imborrable), completando sus opiniones sobre el marxismo, Cuadro propugnó un socialismo humanista y voluntarista y sostuvo, con énfasis casi obsesivo, la falencia de todo determinismo económico (privado de algún impulso “religioso”) para promover un ideal de vida social que dé energía explosiva al empeño de pasar de un régimen económico inaceptable a otro mejor y más humano.

Del capitalismo, instrumento de un **impulso fáustico**, más que de un determinismo económico, afirmó que no es sólo reemplazable por la sociedad comunista centralizada sino que puede serlo por un régimen de “clase dirigente” despiadada y de tecnócratas absolutistas, como creía que la “sociedad nazi” lo había sido. Y aun le importaron menos las **contradicciones** de esta **categoría histórica pasajera** (llegó a considerarlo, incluso, **congruente y armonioso**) que el atacar la naturaleza religiosa y trascendente del hombre, el ser inadaptable a los pueblos hispánicos y portar el espíritu racionalista y economista que, tanto en él como en su antagonista, veía incapaz hoy de engendrar ningún sistema social durable, vivible.

Al fascismo, en fin, lo juzgó más **enfermedad** que **pecado**, una tentativa por escapar a la angustia y a la neurosis de la Edad Técnica, un anhelo pervertido de **lo grande**, un síntoma psico-social que es necesario atender si se quiere que no cobre devastadora fuerza.

“Los Trabajos y los Días” hacen constante referencia a la circunstancia y los ejemplos uruguayos; nada tienen del enfoque abstracto, del sesgo de una genérica revisión (y revulsión) de ideas. Es en esta pendiente de su pensamiento que Cuadro se vio en el caso de reinterpretar en la dirección general de la línea llamada “revisionista” – pero con planteos muy originales – el pasado rioplatense. Esto último puede afirmarse de su versión de Rosas y el rosismo o de su teoría de nuestros partidos tradicionales (aquí reproducida en parte). Muy lejos de la proclividad demoledora de cierto revisionismo, Cuadro llegó a un balance muy alentador de todo lo que nuestra historia, vivo y prolongable, contiene, tarea que fue facilitada en él por un generoso sentido extrapartidario de los valores nacionales y por una renuencia nata, visceral, a todo sectarismo.

También esa referencia “yoísta” que en sus páginas se señalaba, arrastró a Cuadro a intrincar en ellas el recuento de su tan inventiva actuación política, con lo que nos dio la historia, muy germinal y sugestiva, del Uruguay de los últimos veinte años de su vida. Que ese recuento importa un texto inexcusable para el conocimiento del país político posterior a Marzo de 1933 podrían ser señas decir que su perspicacia ya previó en él la irrupción del ruralismo político de 1958 y la crisis de descomposición en que el nacionalismo herrerista entraría tras la muerte de su caudillo. La desaparición del ingrediente nacional, hispanoamericano y antiimperialista que en ese sector blanco latía preocupaba

intensamente a la previsión de las fuerzas que Cuadro pugnó por movilizar y es presumible que el barrunto de lo que se dispararía no dejó de ensombrecerlo.

Salvo en esta porción rioplatense, interpretativa, o memorial, o premonitoria, en la que tan arduo sería encontrarle antecedentes, puede resultar fácil la crítica de que lo sustancial de sus ideas sobre la crisis de la civilización de Occidente se alimentan de Spengler y de muchos pensadores cristianos. Que su concepción de la **Federación Hispanoamericana** es el remate de una corriente caudalósima del pensamiento latinoamericano, desde Bolívar a nuestros días. Que su idea de que el retraso del mundo marginal es un avance no sólo estaba en los críticos esclavos de la civilización occidental sino que el mismo Gilberto Freyre la había formulado por estas tierras. Que sus reservas y rectificaciones al marxismo y al socialismo nada innovan, sustancialmente, respecto a la línea que va desde Georges Sorel a Henri De Man. Que la hipótesis del “fin de la modernidad” tenía ya en sus años una copiosa contribución (entre otras la de Ortega y la de Berdiaeff) a las que daría remate el ensayo de Guardini, que Cuadro no pudo conocer. Que sus dictámenes – tan esenciales a toda su argumentación – sobre el agotamiento irremediable del “racionalismo” y el “economismo” descansan mucho más en su experiencia personal (y en un difuso descrédito ambiental) que en una reflexión filosófica coherente y rigurosa. Aquellos objetores, sin embargo, con toda la razón que seguramente tienen, deberían reconocer que esas fuentes notorias sólo alcanzan a destruir una originalidad teórica que, permanentemente, Cuadro no aspiró a poseer; difícil es, en cambio, que con un mínimo de lealtad negaran que esas ideas aparecen en él tan entrañadas, tan consustanciadas con todo su ser, – tan nacidas de su vivir – que el tópico más transitado parece remozarse y adquirir un poderoso significado.

Otras reservas, tal vez las más serias, pueden hacerse a esta construcción ideológica. Que Cuadro piensa demasiado “por naciones” resulta una importante. Que su subestima de la capacidad de recuperación del capitalismo, razonable tal como éste aparecía al fin de la Guerra Mundial, no ratifica su evidencia, casi profética en otras materias. Que su latitudinarismo, su virtual relativismo a ideologías y afinidades por tónico (por contrapuntísticamente tónico) que pueda ser, implica el peligro de que, al fin de cuentas, esa **su Federación** quedara flotando en un vacío de valores, de contenidos y de formas, expuesta a ser normada por algún “ismo” servicial, enunciado “ad hoc” que es en lo que, sin el firme apoyo de una tradición doctrinal situada por encima de lo táctico, puede llegar a parar el inexcusable deber de crear (archivando recetas envejecidas) nuevas estructuras para una realidad nueva.

Y si en el rubro de los contenidos se está, resulta notorio que su focalizada atención en los factores de una dinámica espiritual se sitúa demasiado lejos – “toto coelo” – del énfasis presente en las cuestiones del crecimiento económico, de los remedios de la intolerable miseria de medio mundo. Pero Cuadro no desconocía, en manera alguna, estas realidades que, simplemente, dejó a otros

(que siempre lo hicieron) subrayarlas. Y aun puede decirse que las energías “religiosas” que trataba de alumbrar son las únicas capaces de darle a un verdadero “desarrollo” posibilidades de efectividad, dirección segura y un “después” más “rico”, más plenamente humano que esa satisfacción beocia, carnal, de que hablaba a propósito de los beneficiarios del imperialismo pero que puede ser (también) el parto de los montes de un impulso económico vaciado de todo otro valor.

Y todavía podría objetarse hasta qué punto se mueve Cuadro ambiguamente en el linde de lo religioso y la religiosidad y, al mismo tiempo que descrea (o más objetivamente, elude) de todas sus formas históricas, apela incesantemente a su eficacia potencial, cargando “de”, y “sobre”, esa religiosidad, todas sus soluciones. Y también que su revisionismo socialista es vago, nebuloso, poco fundamentado y más una expresión de las propias creencias que se sienten contradictorias con las versiones del socialismo y el marxismo corrientes que una leal, honda inquisición crítica para la que Cuadro, probablemente, no tenía el bagaje filosófico, económico e histórico requerido.

No han faltado tampoco quienes señalaron hasta dónde lo acercan a ciertas corrientes doctrinales del fascismo (y subrayaron por ello su peligro) algunas de sus ideas y tendencias fundamentales. Ese anhelo de vinculación y calor comunitarios, por ejemplo. Esa vaga religiosidad últimamente temporal y movilizable desde el plano de lo político. Y su antirracionalismo, su culto de lo “viril”, lo “dinámico”, lo “señorial”, lo “heroico”, su desdén de todo **moralismo político**, su convicción de que los pueblos **no confían en los santones**, su fe en una acción impostada de **estilo vital guerrero**, su radiante esperanza en el destino de **los pueblos de jinetes**.

Como Ares ya lo sostenía, es posible ver en tal incriminación la más impresionante pero la más infundada de todas y ya, en su distinción entre el **pecado** y la **enfermedad** del fascismo, adelantaba Cuadro la clara discriminativa correcta. Aunque es claro, anótese, que para llegar a asentir a tal corrección, haya que ir a contrapelo de esa proclividad moderna (que la crítica marxista representa eminentemente y en la que Lukacs ha fundado algún libro famoso) de juzgar toda formulación intelectual (Heidegger ha sido víctima predilecta de esta técnica), por sus corolarios posibles (por remotos que ellos sean) de índole político-social. Puede pensarse, por el contrario, que la fructificación de cualquier postulado es variable, latísima y que muy pobre es toda “verdad” cuyas consecuencias, en un ámbito dado, sean totalmente unívocas. La ambigüedad es ley del espíritu y de la vida y es a la libertad, en las contingencias de la acción, a quien le corresponde evitar los resultados letales, las inferencias inhumanas. Y en el caso más concreto del “fascismo” de Cuadro todavía podría observarse que él sólo puede ser valedero para aquellos que ignoran que todos los errores de nuestra época son, como Chesterton lo decía en fórmula famosa, el resultado de **verdades enloquecidas**. Enloquecidas y

malignas se hacen algunas verdades cuando son desoídas. Y Cuadro quería que no lo fueran e hizo porque así sucediese.

Mucho más vulnerable — y aquí termina este examen — puede resultar la fe de Cuadro en que el anhelo de una “verdad”, de una “visión coherente” del mundo tuviera salida. En este punto, su confianza tiene sello histórico y fecha dada: es la de la cuarta y quinta década de este siglo. De las generaciones que le sucedieron (por más que haya aquí que condensar violentamente) cabe decir que comparten ese desdén, ese repudio del cándido orgullo racionalista y autonomista que venía de la pasada centuria y aun de más atrás. Más incrédulas, más desesperanzadas, más negativas, en cambio, y aun sabiendo el valor que aquellas querencias tienen, piensan que ellas chocan con la realidad irremisible de la soledad del hombre, el sinsentido del mundo, el inescapable ser para la muerte. Aunque es cierto, resulta obvio señalarlo, que no es este estado de espíritu, unánime y, aquí y allá, la esperanza trascendente y la esperanza temporal afirman, como hace tres lustros en este uruguayo, sus incontrovertibles fueros.

Pese a todas estas reservas, y a la distancia de una década, tras un silencio que lo ha madurado y pulido, Servando Cuadro aparece hoy como la figura más original de la izquierda en el país y el pensamiento tal vez más fértil que el socialismo partidario produjo en sus cincuenta años de curso. Podría situársele, con cierta certeza, diciendo que es el precursor de la “izquierda nacional” y del nacionalismo social y popular o, más precisamente, el hombre en cuyo pensamiento se puede registrar con más nitidez, el paso desde las recetas genéricas del socialismo clásico y de pautas europeas — clasista, economista, evolucionista — a nuevas formas de lucha, a nuevas consignas, a nuevas realidades.

En el orden de la acción internacional y como teorizante precursor de un tercerismo cabal, de un neutralismo positivo, quienes (en los mejores sectores de Latinoamérica) se inspiraran en su ejemplo, podrían encontrar en los planteos de Cuadro el dechado de una postura activamente política pero, también, ahondada y vitalizada con todo un plano filosófico-cultural, sumario pero válido y, sin duda, enriquecible. Un tercerismo imaginativo, dinámico, liberado de complejos de resentimiento y de marginalidad, libre de los lastres de un abstencionismo pacato, de puritanismos estériles, de “repudios por simetría” y del envarado caminar guardando equidistancias. En el orden nacional, contra un socialismo racionalista, **impotente y dulzón**, con **mentalidad de secta, y de secta asustada, con estatura y vocación municipal**, Cuadro propugnó un socialismo capaz de salir del parroquialismo y de navegar en la alta mar de la política, operando de factor catalítico por medio de iniciativas y reordenaciones sorprendidas, capaz de **pensar en grande**, de insertarse en una tradición nacional discriminada y adherida en sus ingredientes vivos, apto para dirigirse a todos los sectores y clases positivas del país en las que un mensaje atractivo, contundente, veraz, pueda tener

significado. En todo esto — y ello seguramente ya estará a flor de labios de quien esto lea — Cuadro resulta un evidente precursor del camino seguido en 1962 por el que fue su partido y, aunque sus continuadores no dejaron de prever (como él parecía hacerlo en muchos de sus planes) los maliciosos laberintos de la ley electoral y su compulsivo aparato de embretamientos, es casi seguro que hubiera participado con ellos de la generosa confianza en los móviles individuales del voto nacional. También es probable que hubiera compartido la creencia de que, pese a los errores tácticos y a los fracasos contingentes que esa salida a mar abierto pudiera implicar, el otro camino (cuya asfixiante, consuetudinaria ineffectividad le tocó vivir), sólo a flanquear inocuamente un Régimen, al parecer inamovible, conducía.